

Pero llega un tiempo en que la melancolía nos abandona, como se ahuyentan las aves vagabundas de la region en que pasó la primavera. . . . Llega un tiempo fecundo en martirios, estéril de consuelos, en que el alma suspira dolorida al recordar los instantes tranquilos, deliciosos, en que la arrobaba la melancolía con su encanto misterioso. . . . Muerto ya el sentimiento, el alma no encuentra nada que la hable el antiguo idioma de la brisa y del torrente; mira flores, pero son solo flores. . . . se rompió ya aquella cadena de armonía que ligaba al alma del hombre el universo entero.

La melancolía viene despues de la niñez para formar la sensibilidad; ella arrulla las horas de la juventud, y es mil veces el vago presentimiento del dolor: cuando el infortunio y la duda han martirizado el alma, la melancolía huye con su magia divina, como aquellos falsos amigos á quienes ahuyenta la desgracia.

1849.—FRANCISCO ZARCO.



HORAS DE AMOR.

ERA una noche del ardiente estío:
La luna recorriendo el ancho espacio,
Derramaba sus rayos de topacio
Sobre las aguas del tranquilo rio.

Los fieros aquilones no silbaban,
Y la natura al parecer dormía;
El canto de las aves no se oía,
Que silenciosas cual la noche estaban.

Süave brisa las marchitas flores
Al tocarlas no mas las deshojaba,
Y al caer de las hojas derramaba
La muerta flor sus últimos olores.

Tranquila descansaba en el ramage
De algun árbol la tórtola inocente,
Y la arrullaba el viento mansamente
Al pasar murmurando entre el follage.

Y yo de Elisa en el regazo blando
Reclinaba mis sienes palpitantes;
¡Noche de amor tus rápidos instantes
Cuán gratos iban para mí pasando!

Lleno de gozo le decía á mi amada:
¿Contemplas de esa luna la pureza?
¿De las fragantes rosas la belleza?
¿No respiras el aura perfumada?

¿Ves los encantos de feraz natura
Que en este ameno sitio nos circundan?
Pues mas tus gracias de placer me inundan,
Aun tiene mas encantos tu hermosura.

Es tu aliento mas grato que el aroma
Que despide la flor lánguida y bella,
Y tu faz es mas pura que la estrella
Que rutilante por Oriente asoma.

Gira la luna en blando movimiento
Y á tu cándida frente la ilumina,
Que brilla cual estrella matutina
En el azul del ancho firmamento.

Zelos me causa el zéfiro atrevido
Que juega, Elisa, con tus rizos de oro;
Zelos me causa, sí, porque te adoro
Como ángel bello del Eden venido.

Zelos me dan las gotas de rocío
Que caen sobre tu seno y lo humedecen,
Zelos tambien las auras que se mecen
En torno de tu sien, ídolo mio.

Mira la luna, toca al Occidente:
Mudo testigo fué de mis amores,
Y la luz de sus últimos fulgores
Colora tus megillas dulcemente.

Ella felice me encontró en tus brazos,
En ellos me hallará tambien el día,
Que es grato para el alma, amada mía,
Prisionera vivir entre tus brazos.

1849—F. GONZALEZ BOCANEGRA.



—206—

Nelos me causa el zéfiro atrevido
Que juegas, Eñan, con tus rizos de oro
Nelos me causa, sí, porque te adoro
Como aquel bello del Eden venido.

Nelos me dan las gotas de rocío
Que caen sobre tu seno y lo humedean.

EL BOTON DE LA ROSA,

Mira la luna, mira el Occidente,
Mudo testigo de mis trances,
Y la luz de sus ojos
Colora tus mejillas.

Ella felice me encuentra en tus brazos



UÁN galano se mece sobre el esbelto tallo al blando soplo de las auras de Abril! ¡Qué colores tan ricos y desvanecidos se muestran en sus hojillas! ¡Parece que el sol derramó en ellas los mismos delicados colores con que ataviara el cielo á la hora del alba! Estas hojillas están plegadas graciosamente, formando el cáliz cerrado que guarda ese néctar tan sabroso, como el que se liba de los labios de una jóven hechicera; despidiendo al mismo tiempo un suavísimo perfume, que haría las delicias de una hurí de Mahoma.

¡Qué necesita tan lindo capullo para desplegar toda su pompa?

Besar el suave zéfiro de la aurora; beber el rocío diamantino de la mañana; ruborizarse con los rayos de claridad de los serenos días, y recibir el calor fecundante del astro de oro.

Pero apenas empezaba á entreabrirse cuando el sol se vistió de luto; negros nubarrones se tendieron en los espacios cual cortinages de terciopelo: el relámpago de vez en cuando los adornaba con orlas de plata ó franjas de oro: el trueno retumbó con estrépito, y empezó á caer una lluvia de gotas heladas, que cubrió todo el campo de diamantes de agua, que brillaban entre el césped.

Palideció el boton al reflejar la fosfórica luz del relámpago; tembló sobre su tallo al escuchar el estallido del rayo, y el granizo lo hirió con furia... ¡Pobre boton!... ¡Qué te ha quedado de tu belleza?... Una que otra hojilla ajada, sin una gota de miel, sin perfume ninguno, y que apenas se sostiene sobre tu tallo... ¡Dónde fueron tantas esperanzas de vida? Volaron con las hojas que se llevó el viento tempestuoso...

Y tú, ¡pobre corazon mío! tú tambien eras un lindo boton cuando encerrabas en tu seno tesoros de candor y de poesía. Eras un cáliz de divinos perfumes, consagrado á Dios; eras el depósito de todas las bellezas del sentimiento. Solamente necesitabas, para alcanzar la plenitud de tus ga-

las, del zéfiro, del perfumado aliento de una muger; del rocío de sus lágrimas de alegría, de la luz de sus brillantes ojos y del calor de su mórbido seno

¡Ay! esa muger desconoció la mision que le encomendara Dios al venir al mundo: de consolar al affligido, de hermostear la vida del hombre. Era un ángel de luz, y se tornó en espíritu de tinieblas. Descargó su saña, como la tempestad sobre los campos, sobre tí, tierno boton de mi ecsistencia, y su soplo terrible arrebató mis creencias en tus hojillas, poco antes tostadas por el hielo del desengaño; disipó tus perfumes, que eran mis ilusiones, y derramó la miel de tu nectario, emanacion de mis puras alegrías.

¡Corazon mío! ¿qué te ha quedado? Lo que del *Boton de la Rosa*: reliquias solamente.

1849.—MARCOS ARRONIZ.



EL MOLINO DE FLORES, *



AY en el fondo del corazon una necesidad imperiosa de amar algo grande, que baste á ocupar toda nuestra ecsistencia con todos sus sentimientos y sus ilusiones. Esta necesidad se desarrolla sobre todo, á la vista de uno de esos espectáculos grandiosos de la naturaleza; los sentidos gozan y admiran, el espíritu tiene una grata y melancólica expansion, y el corazon palpita conmovido con un sentimiento dulce y apacible como el amor de los primeros años.

* Bella posesion del Señor ex-marqués de Salinas.

Vuela el tiempo, pero una de esas escenas brillantes y magníficas de la creación, deja siempre un recuerdo que, aunque consolador, tiene algo de tristeza. La vista que presenta el *Molino de Flores*, es uno de esos cuadros que revelan todo el poder, toda la ternura del Criador. A poco menos de una legua, al Este de Texcoco, el terreno se eleva gradualmente y comienzan á brotar bosques de fresnos y abedules. A poco, ya el viagero domina la escena, y se encuentra subiendo rocas escarpadas, cubiertas de verdura y tapizadas de flores de mil colores y de mil aromas. La subida es fácil, porque el arte ha ayudado á la naturaleza: á unos cincuenta pasos se oye el ruido magestuoso de una cascada ó pequeña catarata que se despeña desde la cima de la roca; mírase de repente este transparente velo que, aéreo y diáfano, cubre apenas lo alto de la colina y baja jugueteando entre piedras y flores, entre breñales y yerbas aromáticas. Parece una corriente de plata fundida, que arrastra con cuanto encuentra. A ambos lados crecen árboles corpulentos, siempre frondosos, siempre cubiertos de hojas y de fruta; ya es el manzano de hojas lustrosas, ya el granado con sus flores de fuego, ya el olivo con su verde oscuro y triste; todo mas brillante, todo mas bello con los rayos moribundos del sol que al hundirse en el horizonte presta los colores del iris á la impetuosa cascada. Sobre las aguas

que brotan espumosas se halla una pequeña ermita, grave y apacible como la soledad, y en la roca viva se mira dibujada una imágen de Cristo crucificado; diríase que flota en un tabernáculo de espuma, y que visita á la obra bella de su Padre inmortal. ¡Tierna y hermosa idea la de escoger aquel punto delicioso, aquella perspectiva de grandeza para pintar al Autor de mil mundos, hecho hombre y muriendo por el hombre!

Recuérdanse allí los cantos terribles de los Profetas, las glorias de Israel y todo ese drama de amor y de sangre del Calvario. . . . Se siente entonces toda la belleza del cristianismo, de esa ley divina, toda de amor y de libertad!

Pero volvamos á nuestro cuadro. Desde lo alto se ven esparcidos en la llanura mil pueblos con sus torrecillas blancas y modestas, con sus humildes caserías, cuya humareda forma columnas vagas y caprichosas; la campiña se ve cubierta de verdura, de granos que ofrecen una recompensa al sudor del Salvador; y mas léjos aparece el lago de Texcoco, tranquilo y silencioso, brillante como una gran teja de plata. . . . y todo coronado con la bóveda de un cielo diáfano y lleno de luz. . . . Ya en Occidente va el sol tiñendo el cielo de ópalo y de gualda, y ya en Oriente aparecen mustios y opacos los reflejos de la luna. . . . Son dos globos de fuego, el uno en frente del otro; uno para

morir, otro para nacer. . . . Tal es el órden de la naturaleza: una sucesion continua, una destruccion y un crecimiento; y esto hasta el fin de los siglos, en que sol y luna, tierra y estrellas caigan hechas cenizas ante la voz omnipotente de su Autor!

Es mas puro y mas fresco el viento en la hora sublime del crepúsculo. Las aves pasan sobre la cascada, y la saludan con sus trinos variados y cadenciosos. Se oye á lo léjos el rumor de los rebaños y ganados, que vuelven al redil; se escucha el zumbido de mil insectos, de los cuales unos van á descansar entre el polvo, y otros salen á gozar del ambiente de la noche; algunos la iluminan con sus destellos de fuego. . . . Sigue dominándolo todo el ruido de la cascada. Y el son de la campana de la aldea, y el balido de las ovejas, y el canto de los pajarillos, y el graznar de las aves nocturnas, y el zumbir de los insectos, todo forma una armonía, que es el himno de amor de la creacion; es la plegaria de todo un mundo, es la oracion de la naturaleza toda. ¡Ah! es mas bella esa armonía salvaje y magestuosa del agua que cae, de las hojas que susurran, que las notas mas sentidas de Beethoven y de Bellini! Hay algo grande y tierno en ese murmullo vago, incomprendible.

Es ya de noche, y la escena es mas melancólica; pronto el silencio es solo interrumpido por la voz de la cascada, y de cuando en cuando por el ladrido lejano del perro del lugar, ó por el canto monótono del pastor. . . . Divísanse las luces del hogar, que estendi-

das en la campiña, parecen una tropa de grandes luciérnagas.

Y en medio de ese grande espectáculo, ¡qué pequeño parece el hombre, que se dice *rey de la creacion*, porque tiene una mente que duda y una alma que sufre! . . . Pero allí late el corazon, circula con fuerza la sangre en las arterias, suda la frente, y el viento de la noche, que hace volar los cabellos, es benévolo y consolador; se respira con amplitud, y el alma, en grata expansion, ama cuanto ven los ojos, se eleva hasta Dios, y recuerda casi con desden sus locas ilusiones.

Es hermosa y augusta la soledad, cuando el alma, por decirlo así, se encuentra frente á frente con Dios; pero sería mas bella si pudiéramos admirar uno de esos cuadros espléndidos, reclinando la frente sobre el pecho de una muger amada. . . .

Yo he gozado del panorama delicioso de la cascada de *Flores*; y si eso fuera lo único que hubiese visto grande y bello en este mundo, ello bastara para que mi espíritu comprendiera y amara al Autor de tanta maravilla!

1849.—FRANCISCO ZARCO.

